Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

SOLUCION / Pág. 4

				B	R
6	0	2	8	4	0
8	1	2	3	1	1
6	9	7	0	1	1
2	7	3	6	1	2
8	6	3	5	0	1
2	9	5	6	0	2
4	0	2	5	1	0

HABIA ALGO QUE LE HACIA OLVIDAR AQUELLA FRASE

• • • •.• •

¿POR QUE SANGRA EL CUERPO?

Página/2/3

Verano/12



DELETE

(Por Claudio D. Minghetti) El proyecto estaba aprobado. "Manos a la obra", dijo. Word Star. "Sencillo pero el de siempre". Pablo siempre fue fiel a su primer amor "pirata". Esta vez era algo grande, una novela que le ocuparía buena parte del disco rígido en el ordenador. Esa misma tarde de enero, el médico había sido claro con pocas palabras, las suficientes. "Está jugado...", sentenció, después de leer el colesterol en sangre. La mano venía brava y,sin embargo, Pablo tiró el diagnóstico y las recetas a la basura. Los cuarenta no habían pasado así como así. Tres divorcios y mucho mambo. Noches eternas de máquina de escribir, redacción a la hora de cierre, litros de café y moscato en bares de estación. El proyecto estaba aprobado. "Manos a la obra", dijo. "El Word Star, sencillo." Tecleó C > A: WS NOTITULO, el "ábrete sésamo" de programa y archivo. Dio ENTER y empezó la faena. Noche 1: primer capítulo y borrador de dos. Apurado saca cinco cajas llenas de libros a la calle, antes de que pase el camión de Manliba. Noche 2: cuatro de sentada. Llegó la hora de desalojar la biblioteca grande, con el archivo. Mucho trabajo para los basureros. A la mierda con todo. Noche 3: la cosa viene de diez y se manda otros dos. Van siete y darle al jamón crudo con mayonesa. "Por el golpe de calor", se miente. Noche 4: se trata de trabajo físico. A la calle con la mesa del living y las cinco sillas, con los afiches de películas y los discos. De paso también el equipo. Noche 5: "Voy por la mitad y el personaje ya sospecha el final", piensa. La decadencia vertiginosa, que le dicen. Dos, uno muy corto (es un recuerdo feliz). Afuera con el dormitorio y la pilcha. "Total es verano", se miente. Noche 6: El régimen sigue a fuerza de conservas y jamón crudo. Afuera con la heladera y los platos Durax. Cuchillo, tenedor y abrelatas, no más. Siente dolor en el brazo izquierdo. "La falta de gimnasia", se miente. Noche 7: Un buen final y las hurras. Con más de 400.000 bytes en el disco, la cosa pinta de doscientas páginas. "Best-seller, siempre y cuando tengan cuidado con la tapa", se miente. Le da duro y parejo. Escribe el último y graba. Sólo quedan las cosas del baño, la tevé y algún cachivache. A la calle con todo. Sólo pan viejo, chizitos y medio jamón que corta en lonjas de un centímetro de espesor. Ahora a la calle con la impresora. Transcribió el rígido a disquetes. Los numeró y ensobró con prolijidad. Uno por uno. Se miró a los ojos, en el espejo esmerilado de la pantalla, y pensó como Kafka: "A partir de cierto momento no hay retorno posible. Ese es el punto al que hay que llegar". Abrió un paréntesis y dijo: "Adiós" a su imagen difusa en el ámbar del menú. "No volveremos a vernos." Borró el rígido y salió del sistema. Desenchufó y arrastró el equipo hasta la calle. Volvió al living vacío. Escribió "Decálogo" en la caja con los disquetes. Pero no está convencido y lo tacha. La segunta vez escribio DELETE, el nombre de la función que borra de adelante hacia atrás. Dejó la caja y se puso a comer lo que quedaba del crudo. No le importa nada más. No quiere mirar atrás, ni puede. "Delete...", murmuró y se echó a dormir.

HABIA ALGO QUE LE HACIA OLVIDAR AQUELLA FRASE

Por Daniel Karp

Daniel Karp nació en Buenos Aires el 12 de agosto de 1949. Multifacético, estudió música, arquitectura, dirección teatral y fotografía.
En 1974 comenzó su carrera cinematográfica, en la que trabajó como cameraman y como director de fotografía. Además incursionó en la publicidad y en la televisión. Actualmente prepara un libro de relatos, dos de los cuales se adelantan a continuación.

Carola colgó el auricular del aparato que estaba en el pasillo y entró rápidamente en el camarín.

—Tu amigo se fue al cine y vuelve dentro de una hora —me dijo.

"Mi amigo" es tu marido, le digo. Me revientan las mujeres que dicen "tu amigo" a su marido.

—Típico de los matrimonios. Gozan hablando mal del otro en público —comentó Clarita mirándola a través del espejo.

—Yo no sé por qué no se separan.

—A propósito, a vos te parece que tengo que esperarlo. El me dice que va a hablar con su mujer. ¿Vos creés que ella ya sabe?

—Las mujeres nos damos cuenta de todo.

Carola se echó hacia atrás en la silla y estiró el brazo hasta alcanzar el vestido que estaba colgado en la puerta de un pequeño ropero, a sus espaldas.

—¡Puta!, es el segundo par de medias que rompo en una semana.

—Debieras pasarle la cuenta al productor. ¡Estas sillas deben ser las que su mujer le tira por la cabeza!

—Lo peor es que ahora se me ve la pierna blanca.

—Sacate las medias.

—¡Estás loca! Prefiero zurcirlas, de lejos la gente no ve nada. Odio tener las piernas blancas, pero con estas funciones no tengo tiempo ni para sentarme en la plaza.

—¿Querés que tomemos otra cerveza? ¡Hace tanto calor!

—Bueno, después de todo el alcohol te hace conformar con menos.

—...Ayer vino Miguel a casa para leerme un texto de Marguerite Duras. Dice que cuando lo leyó por primera vez, se le revolvió el estómago. Quería que lo ensayemos.

—Miguel siempre con esas cosas, no para nunca.

—Pero lo peor es que era bueno y me enganchó hasta las cinco de la mañana.

—¡Y después va hasta su casa que es tan lejos!...

—Y una se queda preocupada pensando que puede pasarle algo en la ruta. No sé cómo su mujer lo soporta, debe ser un ángel...

Clarita dio un repentino salto atrás y con el taco de su zapato aplastó una cucaracha que pasó por debajo de la mesa.

—¿Cómo la viste? Si estabas tan concentrada en el espejo.

—Es que las cucarachas me repugnan. Cuando estuve en Paraguay, todas las noches se paseaban como si tal cosa por el hotel. No podía dormir pensando en que pudieran treparse a la cama... me obsesionan.

—¿Sabés qué me contó un tipo el otro día? Clarita miró expectante a través del espejo.

—Estábamos hablando de... ¡no me acuerdo! y de golpe me dice: "Cada vez que entro en el baño y levanto la tapa del inodoro, tengo miedo de que me salte una rata y me muerda el bicho". Me quedé helada.

—Clarita, ¿vos creés que la mujer sabe que él está conmigo?

—No sé... a ver, pensemos al revés. Si vos estás embarazada y tu marido está con otra, ¿te darías cuenta?

Carola se aproximó al espejo, apoyó su dedo índice sobre el párpado superior y lo levantó hasta que el ojo le quedó inmensamente grande. Tomó un pañuelo de papel y apoyó con cuidado uno de los bordes sobre el globo blanco hasta que una pequeña partícula de rimmel se adhirió en él.

—¡Es que me da tanto!

—Carola... —la miró durante un instante sin hablar.

—¿Sí? —preguntó Carola.

—Creo que sos vos la que da y no él a vos, como decís. Debieras hacérsela más difícil, en lugar de atenderlo como a un príncipe y llevarle el café en el pocillo de tus cumpleaños. No te va a beneficiar en nada mostrarle tanta intimidad. Cuando nazca su hijo esta historia se va a terminar y te vas a quedar sola.

Carola se levantó y sacó de la pequeña heladera que estaba en un rincón otra botella de cerveza.

—Gracias, no quiero más —dijo Clarita.

—Apenas un poco, este horno no se puede soportar —Y sin esperar la respuesta volcó el líquido en el vaso de Clarita.

—Es bueno echarle un poco de ginebra. Te hincha menos la panza.

—Podrían al menos poner un ventilador. Aquí cada vez se trabaja peor.

Carola se levantó y fue hasta la pileta. Sobre un costado había dos cepillos para dientes. Tomó uno de ellos, le colocó pasta encima y se los cepilló hasta formar una compacta espuma blanca.

Clarita acercó su cara al espejo.

—Tengo la cara terrible —dijo. Y juntó la punta de los dedos índice de cada mano sobre un puntito negro, entre ceja y ceja, pero desvió la mirada hacia un costado.

—¡Mirá cómo tengo las uñas! Te hice caso y me quedaron horribles.

Carola, que estaba reclinada sobre la pileta, giró la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el espejo con la boca llena de espuma.

—Estaba pensando... —se dio vuelta para escupir la pasta sobre la pileta—, estaba pensando que no voy a vivir más mintiendo —ahuecó la palma de la mano para juntar un poco de agua y se la llevó a la boca para hacerse un buche.

—Voy a ser honesta y sincera con lo que me pasa sin tener miedo a nada. Si estoy con un hombre voy a decirle: Cuando deje de quererte te diré: Dejé de quererte, y si alguna vez aparece otra persona no voy a mentirle, voy a decirte: Hay otro hombre, y vas a comprenderme.

Clarita dejó la lima de las uñas sobre la mesa que estaba debajo del espejo y entrecerró los ojos.

—...Suena como una película de Truffaut —dijo.

—Creo que se lo escuché decir a Jeanne Moreau y pienso igual... perfectamente podría haberlo dicho yo.

—Sería fantástico si no corrieras el riesgo de recibir un sopapo.

—¡Aaahhh! ¡Si hubiera directores que le hagan decir esos textos!

—Ya conocés la respuesta de ellos: ¡Si hu-biese actrices que pudieran decirlos así!..

—¡Tengo hambre!

—La cerveza me llena el estómago, si co-mo algo ahora creo que vomitaría en el e-cenario —Carola rió—. ¡Te imaginás! En-trar para la escena, mirar a los ojos d-Eduardo y, cuando la gente está esperand-que digas algo, ¡paff! lanzás un vómito.

—Sería un acto verdaderamente orgánic-

—Los críticos dirían: Ese actor entrega t-do su interior.

—Clarita... ¿Y si me está mintiendo? ¿P-qué nos aferramos a la idea de que alguie-que le miente a otra persona nos dice la ve-dad? ¿Y si me está mintiendo a mí y le es-diciendo la verdad a su esposa?

—A ver... cómo sería... El dice a su esp-sa: me acuesto con otra mujer mientras e-peramos que llegue tu parto. No... no m-suena.

—¡Idiota! ¡Sos una idiota! Digo si m-miente, si me dice que me quiere y no m-quiere. A mí no me preocupa que duerm-con la esposa. Yo no quiero ser la espos-Yo prefiero ser la otra, porque los hombr-están más contentos con la otra. El día-que te convertís en la esposa, van corrienc-a pasarlo bien con la otra.

La puerta del camarín se abre, apenas p-ra que una cabeza se asome.

—¡Dos minutos! —dice, y vuelve a cerr-la puerta.

—Carola, terminá de vestirte —dice Cl-rita.

HABIA ALGO QUE LE HACIA OLVIDAR AQUELLA FRASE

Por Daniel Karp

Daniel Karp nació en Buenos Aires el 12 de agosto de 1949. Multifacético, estudió música, arquitectura, dirección teatral y fotografía.
En 1974 comenzó su carrera cinematográfica, en la que trabajó como cameraman y como director de fotografía. Además incursionó en la publicidad y en la televisión. Actualmente prepara un libro de relatos, dos de los cuales se adelantan a continuación.

Carola colgó el auricular del aparato que estaba en el pasillo y entró rápidamente en el camarín.

—Tu amigo se fue al cine y vuelve dentro de una hora —me dijo. "Mi amigo" es tu marido, le digo. Me revientan las mujeres que dicen "tu amigo" a su marido.

—Típico de los matrimonios. Gozan hablando mal del otro en público —comentó Clarita mirándola a través del espejo.

—Yo no sé por qué no se separan.

—A propósito, a vos te parece que tengo que esperarlo. El me dice que va a hablar con su mujer. ¿Vos creés que ella ya sabe?

—Las mujeres nos damos cuenta de todo.

Carola se echó hacia atrás en la silla y estiró el brazo hasta alcanzar el vestido que estaba colgado en la puerta de un pequeño ropero, a sus espaldas.

—¡Puta!, es el segundo par de medias que rompo en una semana.

—Debieras pasarle la cuenta al productor. ¡Estas sillas deben ser las que su mujer le tira por la cabeza!

—Lo peor es que ahora se me ve la pierna blanca.

—Sacate las medias.

—¡Estás loca! Prefiero zurcirlas, de lejos la gente no ve nada. Odio tener las piernas blancas, pero con estas funciones no tengo tiempo ni para sentarme en la plaza.

—¿Querés que tomemos otra cerveza? ¡Hace tanto calor!

—Bueno, después de todo el alcohol te hace conformar con menos.

—...Ayer vino Miguel a casa para leerme un texto de Marguerite Duras. Dice que cuando lo leyó por primera vez, se le revolvió el estómago. Quería que lo ensayemos.

—Miguel siempre con esas cosas, no para nunca.

—Pero lo peor es que era bueno y me enganchó hasta las cinco de la mañana.

—¡Y después va hasta su casa que es tan lejos!...

—Y una se queda preocupada pensando que puede pasarle algo en la ruta. No sé cómo su mujer lo soporta, debe ser un ángel...

Clarita dio un repentino salto atrás y con el taco de su zapato aplastó una cucaracha que pasó por debajo de la mesa.

—¿Cómo la viste? Si estabas tan concentrada en el espejo.

—Es que las cucarachas me repugnan. Cuando estuve en Paraguay, todas las noches se paseaban como si tal cosa por el hotel. No podía dormir pensando en que pudieran treparse a la cama... me obsesionan.

—¿Sabés qué me contó un tipo el otro día? Clarita miró expectante a través del espejo.

—Estábamos hablando de... ¡no me acuerdo! y de golpe me dice: "Cada vez que entro en el baño y levanto la tapa del inodoro, tengo miedo de que me salte una rata y me muerda el bicho". Me quedé helada.

—Clarita, ¿vos creés que la mujer sabe que él está conmigo?

—No sé... a ver, pensemos al revés. Si vos estás embarazada y tu marido está con otra, ¿te darías cuenta?

Carola se aproximó al espejo, apoyó su dedo índice sobre el párpado superior y lo levantó hasta que el ojo le quedó inmensamente grande. Tomó un pañuelo de papel y apoyó con cuidado uno de los bordes sobre el globo blanco hasta que una pequeña partícula de rimmel se adhirió en él.

—¡Es que me da tanto!

—Carola... —la miró durante un instante sin hablar.

—¿Sí? —preguntó Carola.

—Creo que sos vos la que da y no él a vos, como decís. Debieras hacérsela más difícil, en lugar de atenderlo como a un príncipe y llevarle el café en el pocillo de los cumpleaños. No te va a beneficiar en nada mostrarle tanta intimidad. Cuando nazca su hijo esta historia se va a terminar y te vas a quedar sola.

Carola se levantó y sacó de la pequeña heladera que estaba en un rincón otra botella de cerveza.

—Gracias, no quiero más —dijo Clarita.

—Apenas un poco, este horno no se puede soportar —Y sin esperar la respuesta volcó el líquido en el vaso de Clarita.

—Es bueno echarle un poco de ginebra. Te hincha menos la panza.

—Podrían al menos poner un ventilador. Aquí cada vez se trabaja peor.

Carola se levantó y fue hasta la pileta. Sobre un costado había dos cepillos para dientes. Tomó uno de ellos, le colocó pasta encima y se los cepilló hasta formar una compacta espuma blanca.

Clarita acercó su cara al espejo.

—Tengo la cara terrible —dijo. Y juntó la punta de los dedos índice de cada mano sobre un puntito negro, entre ceja y ceja, pero desvió la mirada hacia un costado.

—¡Mirá cómo tengo las uñas! Te hice caso y me quedaron horribles.

Carola, que estaba reclinada sobre la pileta, giró la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el espejo con la boca llena de espuma.

—Estaba pensando... —se dio vuelta para escupir la pasta sobre la pileta—, estaba pensando que no voy a vivir más mintiendo —ahuecó la palma de la mano para juntar un poco de agua y se la llevó a la boca para hacerse un buche.

—Voy a ser honesta y sincera con lo que me pasa sin tener miedo a nada. Si estoy con un hombre voy a decirle: Cuando deje de quererte te diré: Dejé de quererte, y si alguna vez aparece otra persona no voy a mentirle, voy a decirte: Hay otro hombre, y vas a comprenderme.

Clarita dejó la lima de las uñas sobre la mesa que estaba debajo del espejo y entrecerró los ojos.

—...Suena como una película de Truffaut —dijo.

—Creo que se lo escuché decir a Jeanne Moreau y pienso igual... perfectamente podría haberlo dicho yo.

—Sería fantástico si no corrieras el riesgo de recibir un sopapo.

—¡Aaahhh! ¡Si hubiera directores que le hagan decir esos textos!

—Ya conocés la respuesta de ellos: ¡Si hubiese actrices que pudieran decirlos así!...

—¡Tengo hambre!

—La cerveza me llena el estómago, si como algo ahora creo que vomitaría en el escenario —Carola rió—. ¡Te imaginás! Entrar para la escena, mirar a los ojos de Eduardo y, cuando la gente está esperando que digas algo, ¡paff! lanzás un vómito.

—Sería un acto verdaderamente orgánico.

—Los críticos dirían: Ese actor entrega todo su interior.

—Clarita... ¿Y si me está mintiendo? ¿Por qué nos aferramos a la idea de que alguien que le miente a otra persona nos dice la verdad? ¿Y si me está mintiendo a mí y le está diciendo la verdad a su esposa?

—A ver... cómo sería... El dice a su esposa: me acuesto con otra mujer mientras esperamos que llegue tu parto. No... no me suena.

—¡Idiota! ¡Sos una idiota! Digo si me miente, si me dice que me quiere y no me quiere. A mí no me preocupa que duerma con la esposa. Yo no quiero ser la esposa. Yo prefiero ser la otra, porque los hombres están más contentos con la otra. El día en que te convertís en la esposa, van corriendo a pasarlo bien con la otra.

La puerta del camarín se abre, apenas para que una cabeza se asome.

—¡Dos minutos! —dice, y vuelve a cerrar la puerta.

—Carola, terminá de vestirte —dice Clarita.

—Tengo miedo.

—Vamos, ¿qué te pasa?

—No sé, de repente tengo miedo, estoy cansada de hacer todas las noches lo mismo, no le encuentro sentido a lo que digo, hablo como si fuera un loro, no entiendo las palabras. Parece como si tuviera que hablar por la boca de un loco que se sienta frente a un papel y yo convierto toda esa mierda en mi vida, todas las noches. ¿No es una locura?... ¿No es divertido?

—No te despintes la cara, no, ¡nena! —Clarita le corrige el rimmel.

—Así está mejor.

—Olvidé qué es lo que tengo que decir al entrar, estoy terrible... Me parece que voy a vomitar.

—No nena, tranquila. Repetí conmigo: me gustan los hombres de papel, pero prefiero que dejen su mochila afuera, en lugar de descargar sus gritos en la casa. Eso es lo que tenés que decir cuando entrás. Te aproximás a Eduardo como para besarlo, mejor dicho: él cree que te acercás para besarlo. Te detenés, lo mirás a los ojos y, sin desviar la mirada, le decís todo eso.

—Me gustan los hombres de papel... —Carola tuvo un pequeño acceso de risa.

Clarita la tomó de la mano, abrió la puerta del camarín y salieron atravesando el pasadizo que desembocaba en el escenario.

—Así nena, así vamos —le dijo cariñosamente. Se agachó para comprobar que no se le viera la media corrida y le dijo: Estamos en el teatro.

¿POR QUE SANGRA EL CUERPO?

Volvíamos del centro, y las manos se me pegaban al volante del auto.

—¿Por qué no vamos a darnos un baño en alguna pileta? —propuse.

—Sería fantástico —respondió Ela—. Ya era de noche cuando llegamos al polideportivo. Pasé rápidamente por el vestuario y llegué hasta el natatorio. Al rato, Ela atravesó la puerta vestida con un bikini pequeñísimo y un gorro de goma de esos que son obligatorios en los natatorios municipales. No había casi nadie, así que pudimos nadar tranquilamente. El agua estaba fría y eso me cambió el humor. En el camino de regreso compramos comida en una rotisería y organizamos una cena en la terraza de la casa de Ela.

Después, nos sentamos en unas reposeras y miramos el cielo hasta ver estrellas fugaces. Estuvimos conversando mucho tiempo hasta que llegó la hora en la que, si uno mira la ciudad desde un piso alto, cree escuchar el sonido de la respiración de los que duermen. Entonces puede apoderarse de nosotros el sentimiento que tiene un padre cuando, de noche, se pasea por la casa oscura constatando que está todo en orden. Cuando amanecía, la balaustrada blanca de la terraza se iluminó recortándose contra el cielo que aún permanecía oscuro. Tuve una repentina sensación de vértigo. Fue como el estallido de un rincón encapsulado de la memoria. Entonces me envolvió el olor del mar. Pude ver un farallón blanco tocado con la misma luz que resaltaba el muro de la terraza en donde yo estaba. Más abajo, sobre la ladera que descendía hacia el mar, un auto convertible avanzaba por el camino. El ruido de las gomas aprisionando el ripio se fundía con el de las olas. Sus faros se apagaron antes de iluminar la casa. Un hombre descendió y cruzó la oscuridad de los canteros. Después saltó por sobre el parapeto blanco que lo separaba de la mujer...

Algunos días más tarde, decidimos viajar hacia el mar. Durante el trayecto, Ela estuvo bastante nerviosa porque le da miedo viajar en ómnibus.

Llegamos hacia el mediodía y cruzamos todo el pueblo arrastrando las valijas a pleno sol. Buscábamos un hotel barato. Encontramos uno que quedaba sobre la playa. Nos entusiasmó que fuese una construcción de madera. Tenía dos pisos y parecía una casa de Nueva Orleáns. Nos recibió un tipo flaco y alto, bastante bien vestido con una camisa blanca y un pantalón de alpaca azul y, nos ofreció una habitación en el altillo.

El cuarto tenía una ventana por la que se accedía al balcón que, estaba casi encima de las carpas de la playa. El cuarto de baño estaba totalmente destruido y no tenía agua caliente. Bajé hasta la conserjería. El tipo que nos había atendido desapareció detrás de unas cortinas color sangre. Por un pasillo lateral asomó una mucama cargando una pila de toallas blancas.

—No hay agua caliente —le dije.

—Están arreglando el tanque, deberá tener paciencia hasta mañana —me contestó.

Volví a la habitación. Ela estaba tirada de espaldas sobre la cama. Por la ventana podía verse el cielo. No había una sola nube. Parecía un fondo pintado como un decorado de cine. Ela me pidió que abriese la ventana porque quería escuchar el ruido del mar y dormir un rato antes de bajar a la playa. Apenas la entreabrí, entró una abeja que dio un giro por el cuarto y golpeó contra las paredes.

Ela comenzó a gritar y a pedirme que la espantara. Sentía verdadero terror por las abejas. Agarré una camisa y la agité provocando remolinos de aire. La abeja chocó contra el vidrio, antes de salir por el espacio que quedaba entre las dos hojas de la ventana. Entonces Ela se incorporó y quedó sentada sobre la cama con la espalda apoyada contra la pared. Dijo que jamás podría dormir tranquila con la ventana abierta porque estaría todo el tiempo con miedo a que regresara la abeja. Así que decidimos irnos del hotel. El hombre que nos había recibido se puso un poco duro y no quería devolvernos el dinero que le habíamos dejado. Mientras conversaba con el tipo, Ela salió a la calle y me dejó solo. Tuve que inventar una buena excusa. Creo que murmuré algo acerca del carácter imprevisible de las mujeres. Quería darle a entender que no había manera de hacer razonar a Ela cuando se ponía neurótica.

Así que sería mejor que nos devolviese el dinero porque no iba a lograr que Ela volviese a entrar a la habitación que nos había asignado, ni a ninguna otra de todo ese hotel. Creo que el hombre tuvo ganas de pegarme, pero abrió un cajón y sacó el dinero. Supuse que en ese mismo cajón tenía un revólver.

Caminamos unas cuadras hasta que encontramos otro hotel. Era un edificio cuadrado, de esos que se construyen sin ningún tipo de planificación, y que van creciendo a medida que transcurren los veranos. El interior estaba prolijamente ordenado, pero el mobiliario era de un mal gusto aterrador. Por la tarde fuimos hasta la playa. Ela se recostó sobre la arena para tomar sol. Sobre la pendiente del médano había un bar que se llamaba El Dorado. Me senté en una mesa junto a una ventana desde la cual podía ver a Ela que tomaba sol mientras yo intentaba por enésima vez leer la primera página de una novela. Frente a la ventana, como en una pantalla de cine, desfilaban mujeres hermosas que se aproximaban hasta un primer plano y luego desaparecían.

Por ese entonces, yo solía estar pegado a mi cámara fotográfica. Tomé unas cuantas fotografías de Ela. Me recordaba un cuadro de Modigliani. Tomaba sol de costado. Tenía un codo incrustado en la arena y la cabeza apoyada sobre la palma de su mano. La cara dirigida hacia el cielo para recibir plenamente el sol. Repentinamente se levantó y vino hasta la ventana en un solo movimiento, Ela podía hacer esas cosas.

—Es mejor que nos separemos —dijo con naturalidad como si se tratase de un tema largamente conversado cuya conclusión hubiese quedado pendiente. Envolvió su cabeza con la toalla como si fuera una mujer árabe de manera que podía verle solamente los ojos y desapareció del recuadro de la ventana. Tomé todavía un café más y después fui a buscarla. No estaba en el hotel. Sus cosas estaban desparramadas sobre la cama y el cuarto había quedado impregnado de olor a perfume. Sobre el espejo del baño encontré, dibujado con pasta dentífrica, un enorme genital y una frase que decía: "¡Te quiero, Baby". Me metí bajo la ducha. Al desvestirme, tuve la precaución de sacudir la arena que había quedado adherida a mis zapatillas sobre el inodoro. A Ela le irritaba entrar al cuarto y pisar arena o encontrarla entre las sábanas cuando se metía en la cama. Después salí a caminar. La encontré en la playa cuando anochecía. Se había metido en una carpa para protejerse del viento mientras miraba el mar.

—Comamos en El Dorado. ¡Va a ser una noche tan linda! —dijo apenas me vio. Casi había anochecido y no se escuchaba ninguna voz dentro del salón. El mozo limpiaba unas copas detrás de la barra. Levantó imperceptiblemente los ojos para ver quién había entrado. Nos sentamos junto a una ventana. Sobre el horizonte crecían nubes oscuras bajo la última luz del día. Ela sacó un cigarrillo del atado. En medio de aquel silencio se escuchó la explosión del fósforo al encenderse y, a los pocos segundos, el olor del tabaco inundó el lugar. Afuera la oscuridad era total. Apenas el reflejo amarillento del farolito que colgaba sobre la puerta se difuminaba a través de los vidrios y realzaba el color rojo del cabello de Ela.

Sin que nos diésemos cuenta, El Dorado se llenó de personas que ocuparon las mesas. Estábamos próximos a las fiestas de fin de año, y era una buena excusa para que las mesas se llenaran de botellas de champagne. Ela fue hasta el baño y demoró bastante en regresar. Cuando estuvo nuevamente sentada me tomó de la mano y se recostó sobre la mesa en medio de las botellas y copas. Tuvo que abrir muy grandes los ojos para mirarme desde donde estaba y murmuró: "Estoy menstruando".

Desde atrás nuestro se escuchó el ruido de algunas copas que rodaban por el suelo. Los tipos nos estaban mirando y les hice un gesto de por qué no se meten en sus propias vidas.

Regresamos al alba y dormimos hasta la tarde. Cuando me desperté bajé hasta el comedor. Necesitaba tomar un alkaselser. Ela apareció por la escalera y vino a sentarse frente a mí. Arrojó las llaves de la habitación sobre la mesa y se levantó para pedir una comunicación telefónica. Habló con su madre y se hizo la nena durante un rato. Después me miró y subió las escaleras corriendo. Cuando regresé al cuarto se quejaba de un intenso dolor de cabeza. Apoyé la palma de mi mano sobre su frente y se durmió profundamente. Otra vez anochecía y en esta última hora yo había fumado como un perro.

Caminé hasta la avenida. No se veía mucha gente dando vueltas. Al pasar por un local de videogames vi a unos chicos boxeando contra una máquina. Compré cigarrillos, pero no encendí ninguno porque sentía hambre. Quería comer cualquier cosa pero no tenía ganas de verle la cara a nadie masticando. Me metí en un lugar que estaba medio vacío y pedí una hamburguesa. El local estaba tapizado con azulejos de vidrio verde y el suelo parecía revestido de una pasta negruzca.

Por todas partes había servilletas de papel con manchas de aceite.

El mozo no parecía muy preocupado por atenderme, y se dedicó a sacar a la vereda unos cuantos tachos llenos de basura que destilaban un tufo ácido y repulsivo.

Al regresar al cuarto del hotel escuché como Ela se quejaba mientras dormía. Me senté a su lado y puse la palma de mi mano sobre su mejilla pero sentí que la rechazaba. Salí al balcón y me senté en el piso. Estaba frío. Me adormecí escuchando el ruido del mar. Sonaba como un inmenso lavarropas en cuyo interior el océano iba y venía golpeando contra una costa y la otra. Ela se despertó en medio de una pesadilla.

Me llamó y me pidió que me sentara a su lado. Me hizo una seña con la mano como si quisiera decirme un secreto. Me recliné sobre ella.

—¿Por qué sale sangre del cuerpo? —preguntó.

De a poco su respiración se tranquilizó hasta dormirse nuevamente.

Yo me sentía agotado y me acosté boca abajo sobre la cama.

No sé cuántas horas o minutos dormí hasta que la alarma del despertador me sorprendió de tal manera que de un salto quedé repentinamente sentado sobre la cama. Ela se incorporó y rió a carcajadas. Tenía esas cosas. Después me hizo masajes sobre la espalda. La ventana del cuarto estaba abierta y las olas parecían chocar contra el edificio. Durante un tiempo largo escuché ese ruido hasta que, delante de mis ojos, apareció un farallón blanco recortándose contra un cielo azul intenso. Sobre la ladera de la montaña un auto avanzaba con los faros encendidos. Después, un hombre trepó por sobre la baranda blanca que lo separaba de la mujer.

—Tengo miedo.
—Vamos, ¿qué te pasa?
—No sé, de repente tengo miedo, estoy cansada de hacer todas las noches lo mismo, no le encuentro sentido a lo que digo, hablo como si fuera un loro, no entiendo las palabras. Parece como si tuviera que hablar por la boca de un loco que se sienta frente a un papel y yo convierto toda esa mierda en mi vida, todas las noches. ¿No es una locura?... ¿No es divertido?
—No te despintes la cara, no, ¡nena!
—Clarita le corrige el rimmel.
—Así está mejor.
—Olvidé qué es lo que tengo que decir al entrar, estoy terrible... Me parece que voy a vomitar.
—No nena, tranquila. Repetí conmigo: me gustan los hombres de papel, pero prefiero que dejen su mochila afuera, en lugar de descargar sus gritos en la casa. Eso es lo que tenés que decir cuando entrás. Te aproximás a Eduardo como para besarlo, mejor dicho: él cree que te acercás para besarlo. Te detenés, lo mirás a los ojos y, sin desviar la mirada, le decís todo eso.
—Me gustan los hombres de papel...
—Carola tuvo un pequeño acceso de risa.
Clarita la tomó de la mano, abrió la puerta del camarín y salieron atravesando el pasadizo que desembocaba en el escenario.
—Así nena, así vamos —le dijo cariñosamente. Se agachó para comprobar que no se le viera la media corrida y le dijo: Estamos en el teatro.

¿POR QUE SANGRA EL CUERPO?

Volvíamos del centro, y las manos se me pegaban al volante del auto.

—¿Por qué no vamos a darnos un baño en alguna pileta? —propuse.

—Sería fantástico —respondió Ela—. Ya era de noche cuando llegamos al polideportivo. Pasé rápidamente por el vestuario y llegué hasta el natatorio. Al rato, Ela atravesó la puerta vestida con un bikini pequeñísimo y un gorro de goma de esos que son obligatorios en los natatorios municipales. No había casi nadie, así que pudimos nadar tranquilamente. El agua estaba fría y eso me cambió el humor. En el camino de regreso compramos comida en una rotisería y organizamos una cena en la terraza de la casa de Ela.

Después, nos sentamos en unas reposeras y miramos el cielo hasta ver estrellas fugaces. Estuvimos conversando mucho tiempo hasta que llegó la hora en la que, si uno mira la ciudad desde un piso alto, cree escuchar el sonido de la respiración de los que duermen. Entonces puede apoderarse de nosotros el sentimiento que tiene un padre cuando, de noche, se pasea por la casa oscura constatando que está todo en orden. Cuando amanecía, la balaustrada blanca de la terraza se iluminó recortándose contra el cielo que aún permanecía oscuro. Tuve una repentina sensación de vértigo. Fue como el estallido de un rincón encapsulado de la memoria. Entonces me envolvió el olor del mar. Pude ver un farallón blanco tocado con la misma luz que resaltaba el muro de la terraza en donde yo estaba. Más abajo, sobre la ladera que descendía hacia el mar, un auto convertible avanzaba por el camino. El ruido de las gomas aprisionando el ripio se fundía con el de las olas. Sus faros se apagaron antes de iluminar la casa. Un hombre descendió y cruzó la oscuridad de los canteros. Después saltó por sobre el parapeto blanco que lo separaba de la mujer...

Algunos días más tarde, decidimos viajar hacia el mar. Durante el trayecto, Ela estuvo bastante nerviosa porque le da miedo viajar en ómnibus.

Llegamos hacia el mediodía y cruzamos todo el pueblo arrastrando las valijas a pleno sol. Buscábamos un hotel barato. Encontramos uno que quedaba sobre la playa. Nos entusiasmó que fuese una construcción de madera. Tenía dos pisos y parecía una casa de Nueva Orleáns. Nos recibió un tipo flaco y alto, bastante bien vestido con una camisa blanca y un pantalón de alpaca azul y, nos ofreció una habitación en el altillo.

El cuarto tenía una ventana por la que se accedía al balcón que, estaba casi encima de las carpas de la playa. El cuarto de baño estaba totalmente destruido y no tenía agua caliente. Bajé hasta la conserjería. El tipo que nos había atendido desapareció detrás de unas cortinas color sangre. Por un pasillo lateral asomó una mucama cargando una pila de toallas blancas.

—No hay agua caliente —le dije.

—Están arreglando el tanque, deberá tener paciencia hasta mañana —me contestó.

Volví a la habitación. Ela estaba tirada de espaldas sobre la cama. Por la ventana podía verse el cielo. No había una sola nube. Parecía un fondo pintado como un decorado de cine. Ela me pidió que abriese la ventana porque quería escuchar el ruido del mar y dormir un rato antes de bajar a la playa. Apenas la entreabrí, entró una abeja que dio un giro por el cuarto y golpeó contra las paredes.

Ela comenzó a gritar y a pedirme que la espantara. Sentía verdadero terror por las abejas. Agarré una camisa y la agité provocando remolinos de aire. La abeja chocó contra el vidrio, antes de salir por el espacio que quedaba entre las dos hojas de la ventana. Entonces Ela se incorporó y quedó sentada sobre la cama con la espalda apoyada contra la pared. Dijo que jamás podría dormir tranquila con la ventana abierta porque estaría todo el tiempo con miedo a que regresara la abeja. Así que decidimos irnos del hotel. El hombre que nos había recibido se puso un poco duro y no quería devolvernos el dinero que le habíamos dejado. Mientras conversaba con el tipo, Ela salió a la calle y me dejó solo. Tuve que inventar una buena excusa. Creo que murmuré algo acerca del carácter imprevisible de las mujeres. Quería darle a entender que no había manera de hacer razonar a Ela cuando se ponía neurótica.

Así que sería mejor que nos devolviese el dinero porque no iba a lograr que Ela volviese a entrar a la habitación que nos había asignado, ni a ninguna otra de todo ese hotel. Creo que el hombre tuvo ganas de pegarme, pero abrió un cajón y sacó el dinero. Supuse que en ese mismo cajón tenía un revólver.

Caminamos unas cuadras hasta que encontramos otro hotel. Era un edificio cuadrado, de esos que se construyen sin ningún tipo de planificación, y que van creciendo a medida que transcurren los veranos. El interior estaba prolijamente ordenado, pero el mobiliario era de un mal gusto aterrador. Por la tarde fuimos hasta la playa. Ela se recostó sobre la arena para tomar sol. Sobre la pendiente del médano había un bar que se llamaba El Dorado. Me senté en una mesa junto a una ventana desde la cual podía ver a Ela que tomaba sol mientras yo intentaba por enésima vez leer la primera página de una novela. Frente a la ventana, como en una pantalla de cine, desfilaban mujeres hermosas que se aproximaban hasta un primer plano y luego desaparecían.

Por ese entonces, yo solía estar pegado a mi cámara fotográfica. Tomé unas cuantas fotografías de Ela. Me recordaba un cuadro de Modigliani. Tomaba sol de costado. Tenía un codo incrustado en la arena y la cabeza apoyada sobre la palma de su mano. La cara dirigida hacia el cielo para recibir plenamente el sol. Repentinamente se levantó y vino hasta la ventana en un solo movimiento, Ela podía hacer esas cosas.

—Es mejor que nos separemos —dijo con naturalidad como si se tratase de un tema largamente conversado cuya conclusión hubiese quedado pendiente. Envolvió su cabeza con la toalla como si fuera una mujer árabe de manera que podía verle solamente los ojos y desapareció del recuadro de la ventana. Tomé todavía un café más y después fui a buscarla. No estaba en el hotel. Sus cosas estaban desparramadas sobre la cama y el cuarto había quedado impregnado de olor a perfume. Sobre el espejo del baño encontré, dibujado con pasta dentífrica, un enorme genital y una frase que decía: "¡Te quiero, Baby". Me metí bajo la ducha. Al desvestirme, tuve la precaución de sacudir la arena que había quedado adherida a mis zapatillas sobre el inodoro. A Ela le irritaba entrar al cuarto y pisar arena o encontrarla entre las sábanas cuando se metía en la cama. Después salí a caminar. La encontré en la playa cuando anochecía. Se había metido en una carpa para protejerse del viento mientras miraba el mar.

—Comamos en El Dorado. ¡Va a ser una noche tan linda! —dijo apenas me vio. Casi había anochecido y no se escuchaba ninguna voz dentro del salón. El mozo limpiaba unas copas detrás de la barra. Levantó imperceptiblemente los ojos para ver quién había entrado. Nos sentamos junto a una ventana. Sobre el horizonte crecían nubes oscuras bajo la última luz del día. Ela sacó un cigarrillo del atado. En medio de aquel silencio se escuchó la explosión del fósforo al encenderse y, a los pocos segundos, el olor del tabaco inundó el lugar. Afuera la oscuridad era total. Apenas el reflejo amarillento del farolito que colgaba sobre la puerta se difuminaba a través de los vidrios y realzaba el color rojo del cabello de Ela.

Sin que nos diésemos cuenta, El Dorado se llenó de personas que ocuparon las mesas. Estábamos próximos a las fiestas de fin de año, y era una buena excusa para que las mesas se llenaran de botellas de champagne. Ela fue hasta el baño y demoró bastante en regresar. Cuando estuvo nuevamente sentada me tomó de la mano y se recostó sobre la mesa en medio de las botellas y copas. Tuvo que abrir muy grandes los ojos para mirarme desde donde estaba y murmuró: "Estoy menstruando".

Desde atrás nuestro se escuchó el ruido de algunas copas que rodaban por el suelo. Los tipos nos estaban mirando y les hice un gesto de por qué no se meten en sus propias vidas.

Regresamos al alba y dormimos hasta la tarde. Cuando me desperté bajé hasta el comedor. Necesitaba tomar un alkaselser. Ela apareció por la escalera y vino a sentarse frente a mí. Arrojó las llaves de la habitación sobre la mesa y se levantó para pedir una comunicación telefónica. Habló con su madre y se hizo la nena durante un rato. Después me miró y subió las escaleras corriendo. Cuando regresé al cuarto se quejaba de un intenso dolor de cabeza. Apoyé la palma de mi mano sobre su frente y se durmió profundamente. Otra vez anochecía y en esta última hora yo había fumado como un perro.

Caminé hasta la avenida. No se veía mucha gente dando vueltas. Al pasar por un local de videogames vi a unos chicos boxeando contra una máquina. Compré cigarrillos, pero no encendí ninguno porque sentía hambre. Quería comer cualquier cosa pero no tenía ganas de verle la cara a nadie masticando. Me metí en un lugar que estaba medio vacío y pedí una hamburguesa. El local estaba tapizado con azulejos de vidrio verde y el suelo parecía revestido de una pasta negruzca.

Por todas partes había servilletas de papel con manchas de aceite.

El mozo no parecía muy preocupado por atenderme, y se dedicó a sacar a la vereda unos cuantos tachos llenos de basura que destilaban un tufo ácido y repulsivo.

Al regresar al cuarto del hotel escuché como Ela se quejaba mientras dormía. Me senté a su lado y puse la palma de mi mano sobre su mejilla pero sentí que la rechazaba. Salí al balcón y me senté en el piso. Estaba frío. Me adormecí escuchando el ruido del mar. Sonaba como un inmenso lavarropas en cuyo interior el océano iba y venía golpeando contra una costa y la otra. Ela se despertó en medio de una pesadilla.

Me llamó y me pidió que me sentara a su lado. Me hizo una seña con la mano como si quisiera decirme un secreto. Me incliné sobre ella.

—¿Por qué sale sangre del cuerpo? —preguntó.

De a poco su respiración se tranquilizó hasta dormirse nuevamente.

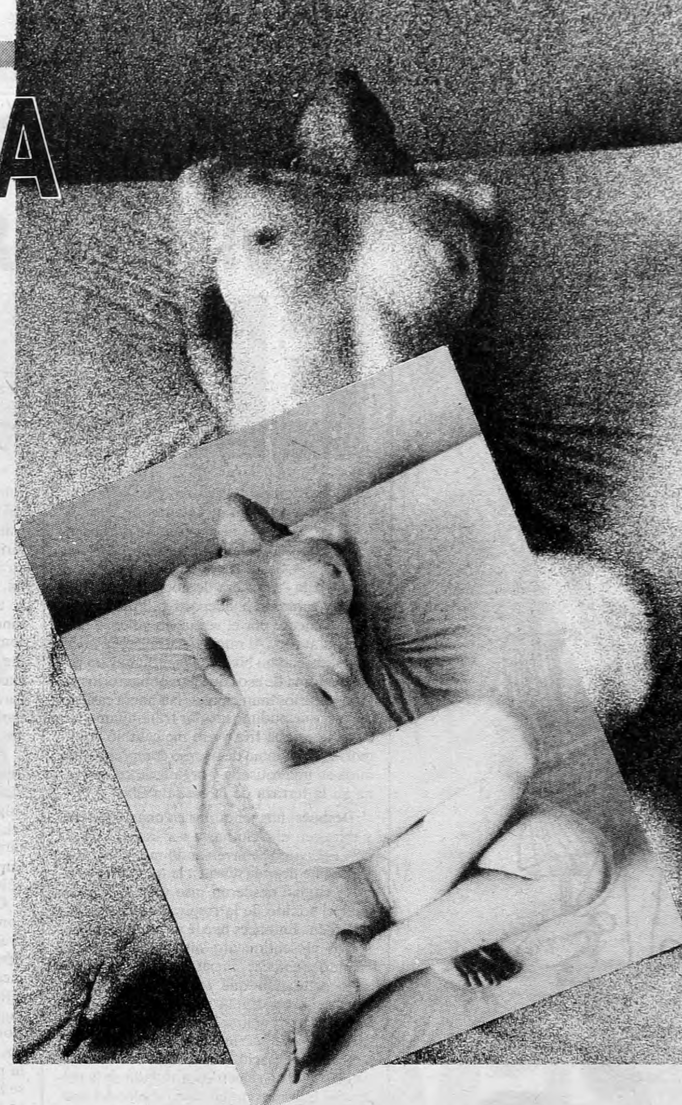
Yo me sentía agotado y me acosté boca abajo sobre la cama.

No sé cuántas horas o minutos dormí hasta que la alarma del despertador me sorprendió de tal manera que de un salto quedé repentinamente sentado sobre la cama. Ela se incorporó y rió a carcajadas. Tenía esas cosas. Después me hizo masajes sobre la espalda. La ventana del cuarto estaba abierta y las olas parecían chocar contra el edificio. Durante un tiempo largo escuché ese ruido hasta que, delante de mis ojos, apareció un farallón blanco recortándose contra un cielo azul intenso. Sobre la ladera de la montaña un auto avanzaba con los faros encendidos. Después, un hombre trepó por sobre la baranda blanca que lo separaba de la mujer.

LA PORTADORA

Folletín erótico de Pedro Lipcovich

27. Panaderos



En tarde lluviosa, Viviana viaja en ómnibus. Está sola. Ella se sintió mejor y quiso salir de la ciudad , volver al río natal. El ómnibus es grande y silencioso.

La ruta cruza la llanura; hay casas aisladas, con pequeñas arboledas. Viviana reclina el asiento, vuelve la cara hacia la ventanilla por donde corren gotas de lluvia, como lágrimas. Ella está mucho mejor. Quizá después de su partida llegó Lucio: ella se sentía bien, le dijeron, ella nó quiso quedarse más. Lucio adivinó hacia dónde había partido y decidió alcanzarla. Por suerte había cobrado un trabajo grande de electricista, tenía dinero. Tuvo que parar varios taxis, no aceptaban un viaje tan largo. Al fin uno, un taxista viejo y calmo, estuvo dispuesto a llevarlo, no tanto por el dinero como porque es cuestión de vida o muerte, insistía Lucio que siempre exagera.

El ómnibus corre suave. El taxi ya ha salido de la ciudad. Lucio, muy nervioso, le habla al taxista, él iba a contarle a Viviana que solucionó el problema de la batería para la bicicleta voladora: va a fabricarla con panaderos ionizados. Los panaderos que vuelan por el campo, con mucho trabajo es posible entrelazarlos en gran cantidad y, después de ionizarlos, conectarlos a los pedales de la bicicleta voladora: así conservan la energía, y desde luego son livianísimos. Lucio encontró esta solución gracias a Hermógenes, el inventor que vive en un rancho. Viviana se vuelve en su asiento. Recuerda que una vez, cuando salía con Claudio, él la llevó a ver una película en una sala chiquita de estudiantes, sobre un hombre que se llamaba Hermógenes y era un genio y vivía en un rancho. Eso fue al principio; tal vez Claudio y ella se querían. Viviana recuerda y se entristece, pero qué tonta, si ahora lo tiene a Lucio que se acerca en el taxi. Además ya no llueve, las gotas se secan en el vidrio, dejan huellas tenues. Viviana se amodorra. Lucio casi va saltando en el asiento pero el taxista lo tranquiliza: el taxista fue corredor de autos en su juventud; van a adelantarse al ómnibus y Lucio la va a esperar en la terminal. El ómnibus corre entre panaderos y cruza unos puentes inmensos pintados de naranja, pero Viviana va a otro río. La llanura se ondula, el horizonte es más íntimo. Viviana, tranquila, mecida, se duerme.

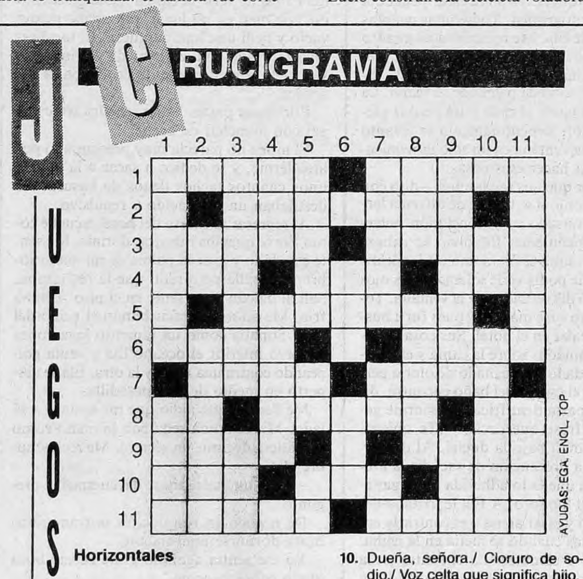
En la terminal, Lucio no está: lo que pasa es que el auto se descompuso en la ruta, y entre el taxista y Lucio lo están arreglando. Anochece. Viviana no tiene ganas de esperar en la terminal. Total, él la va a alcanzar cerca del río. La ciudad no ha cambiado tanto. De todos modos a Viviana sólo le interesa el río. Nadie la reconoce. El camino al río es largo, de tierra; como ella no lleva equipaje y porque se siente mejor, andar no la cansa. Ha empezado a llover, pero no es más que una lluvia de verano. Al costado del camino hay unos arbolitos torcidos, Viviana no recuerda cómo se llaman. Cuando llega al río, es noche cerrada y llueve mucho. Hay relámpagos, como fuegos artificiales; truenos. La playa está desierta. Lejos, del otro lado del río, a través de la lluvia se ven luces de otro país. Viviana mira hacia atrás: Lucio no ha llegado todavía. Ella tiene frío con la ropa empapada, bajo la lluvia. El agua del río debe estar tibia: Viviana se desnuda bajo la tormenta; dobla la ropa con cuidado y la deja bajo un arbolito. Entra. Sí, el agua del río es tibia y la protege. Y se siente tan bien que, aunque apenas sabe nadar, decide ir hasta la otra orilla. La corriente es fuerte. No se ven luces; el río se traga las gotas de lluvia. Un rayo blanco cae del otro lado. Viviana siente que una voz desconocida grita su nombre, y se estremece. Suena un trueno inmenso y otra vez su nombre, pero ¡es la voz de Lucio! Es él, que por fin llegó y entró a buscarla y la llama en la tormenta, y de pronto el grito se hace desesperado, le ha dado un calambre, Lucio tiene un calambre y Viviana lo busca en el río negro, se orienta por los gritos, los gritos cesan, Viviana se horroriza pero Lucio grita de nuevo y ella lo encuentra, lo agarra del pelo, lucha, por suerte logra llevarlo hasta la orilla y lo arrastra fuera del agua. Viviana, desnuda, se monta sobre él, le da aire en la boca con su boca y él reacciona y se abrazan en la lluvia.

Tan fuerte es el abrazo y tan tibio el río de lluvia que Viviana, sólo por un momento, siente que se ahoga.

Lucio construirá la bicicleta voladora y, con Viviana, partirán en vuelo inaugural. Será una mañana de sol. Irán a despedirlos la tía Gladys, y Betti, y Santiago, y hasta el Hombre del Anillo, porque en los folletines los muertos pueden revivir. Desde cualquier azotea subirá la bicicleta y se alejará de la ciudad de la mentira, bajo el sol, entre los panaderos que, cuando termina el verano, se entremezclan con todo lo que vuela, porque los lleva al aire, porque vienen de plantas despreciadas que siempre nacen otra vez. Algunos están vacíos; otros portan todavía su semilla.

JUEGOS

CRUCIGRAMA



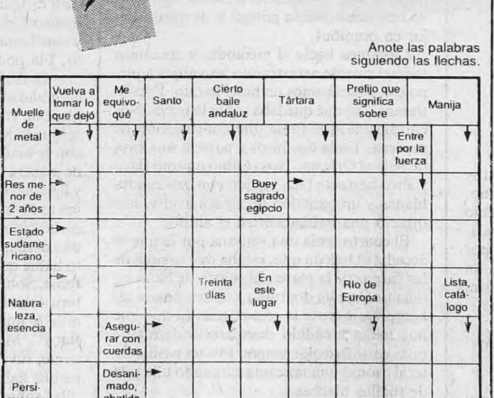
Horizontales

1. Carreteras./ Ladrones, rateros.
2. Que parece tonta.
3. Sólidas./ Se aplica al ganado que tiene lana.
4. Aire popular de las Canarias./ Autillo./ Apócope de tanto.
5. Muelle.
6. Río de Alemania y Polonia./ Existías.
7. Imploró, suplicó./ Vino medicinal.
8. Artículo femenino./ Sin lesión./ Iniciales del autor de "La isla de los pingüinos".
9. Número que está entre el siete y el nueve./ Sustracción, asalto.
10. Dueña, señora./ Cloruro de sodio./ Voz celta que significa hijo.
11. Bailo./ Hijo de Dédalo.

Verticales

1. Beneficio legal o convencional que produce un capital./ Alabad.
2. Siglas inglesas de Estados Unidos./ Unidad monetaria de Grecia.
3. Canturreo./ Dinastía china que reinó del 206 a.C. al año 220 d.C.
4. Medida antigua de longitud./ Unidad de trabajo en el sistema cegesimal.
5. Que les falta sal./ Terminación de los alcoholes./ Preposición: bajo.
6. Señal horaria./ Río de España.
7. Agente físico que eleva la temperatura./ Símbolo del einstenio./ Símbolo del litio.
8. Río de Lombardía./ Contenido literal de un escrito.
9. En un jardín, porción rectangular de tierra con flores./ Sufijo: tumor.
10. Río suizo./ Elogiar.
11. Burlas, bellaquerías./ Reflector de donde parte luz.

MINI-CLIP



SOLUCIONES

